

Semblanza del Dr. Juan E Olvera Rabiela*

Era originario de Tlalchapa, Guerrero, México. Nació en mayo de 1931. Estudió primaria, secundaria y preparatoria en Monterrey, Nuevo León, y su carrera de Medicina en la entonces Escuela Nacional de Medicina de la UNAM. Recibió su título de Médico Cirujano en 1955 y partió a Estados Unidos en donde hizo internado rotatorio y residencia en Anatomía Patológica y Neuropatología en la Universidad del Estado de Nueva York y King's County Hospital en esa misma ciudad. Se convirtió así en el primer diplomado por el American Board of Pathology en dichas especialidades que regresó a su país de origen. Fue uno de los médicos fundadores del Instituto Nacional de Neurología de México (1964-1968) y años después de la sección de Neuropatología del CMN del IMSS (1968-1972). Trabajó en la Unidad de Patología del Hospital General de México y de la Facultad de Medicina de la UNAM en 1969.

Presentó sus exámenes de oposición para médico adjunto y jefe de servicio en los años 1972 y 1975, respectivamente. De 1989 a 2011 fue consultor técnico de dicho hospital.

Por parte de la Facultad de Medicina de la UNAM fue profesor titular de tiempo completo de Patología desde 1972 (47 años).

Contribuyó a la formación de más de 250 médicos anatomopatólogos, 16 de ellos extranjeros. Dio instrucción en Neuropatología a más de 50 residentes de Neurología clínica y 125 de Cirugía Neurológica. Se formaron 16 neuropatólogos y los últimos once han sido ya diplomados como especialistas, ya que desde hace nueve años existe el curso de especialización en Neuropatología avalado por la UNAM.

Su labor de difusión fue extensa. Apareció como autor en 150 trabajos científicos, en muchos de los cuales aparecen como primeros autores sus residentes formados en el Hospital General de México.

Impartió más de 150 conferencias a nivel nacional, 10 a nivel internacional y organizó 40 cursillos y seminarios fuera de los planes de estudio.

Fue coautor en cinco libros de texto y en un futuro próximo aparecerá un libro de Neuropatología que contendrá la experiencia de muchos años de esta especialidad en México.

El Dr. Olvera Rabiela fue, pues, el pionero de la Neuropatología en este país y esperamos que su labor docente, de investigación y difusión continúe en sus alumnos como hasta ahora con gran entusiasmo.

* Semblanza escrita por el Dr. Olvera para un homenaje de los neurocirujanos del HGM.

Semblanza del Dr. Juan E Olvera Rabiela*

Oscar Larraza H

Esta tarde de Neuropatología está dedicada a nuestro Maestro, el Dr. Juan Olvera Rabiela. Mis compañeros y amigos me pidieron hablar de Don Juan. En este gran teatro del mundo, cada quien ocupa una butaca diferente y cada quien ve una obra diferente, si ésta es buena. Esa es la gran virtud de las grandes obras; admiten diversas interpretaciones. El Dr. Olvera es una de esas grandes obras humanas. Yo no puedo ser portavoz de nadie, pero creo que alguien encontrará ecos en lo que yo he percibido de él a lo largo de 26 años, que es el tiempo que tengo de conocerlo.

Conozco poco al Juan Olvera íntimo; no sé de sus pasiones, sus anhelos, sus dudas o sus desvaríos. Ignoro también, y no he querido averiguar, su fecha de nacimiento, el signo astral al que pertenece, sus lugares de estudio y los detalles de su infancia y su juventud. Esto me ha permitido concentrarme en las características que me han hecho respetarlo, admirarlo, tratar de imitarlo y estimarlo profundamente. Yo sé, dentro de lo poco que sé de él, que no gusta de los elogios; además, no soy Bossuet ni alguien de esa estirpe.

Cuando ingresé a la Unidad encontré unas cuantas personas con las que me relacionaba, a las que no rehuía y a las que veía con frecuencia; varias eran admirables, aunque tenían características contrapuestas. A Don Juan



Olvera lo admiré siempre por su trabajo y por la seriedad con la que se lo tomaba. Siempre ha seguido su propio camino y no se ha dejado desviar de él por nadie; le resulta odiosa cualquier clase de lisonja y tiene miedo al éxito, entendido en su forma vulgar. De él aprendí como se realiza una obra sin desviarse ni un milímetro, aunque el

mundo nada quiera saber de ello. Es cierto que abriga la esperanza de alcanzar un reconocimiento público en vida, pero también es lo bastante inteligente para saber que ello es muy inseguro y aún así está resuelto a perseverar en lo que ha emprendido. Tiene coraje y, además, una paciencia que linda con lo sobrehumano.

Los siguientes son trazos generales de lo que me ha cautivado del Dr. Olvera como maestro:

En primer término, la ausencia de todo elemento personal. Rara vez habla de sí mismo.

Lo que el Dr. Olvera dice está siempre próximo a la fuente del pensar, no parece hallarse tergiversado por el sentimiento y, sin embargo, no es frío ni carente de emoción. Generalmente no es parcial.

La virtud suprema del Dr. Olvera ha sido siempre la precisión; pero jamás ha sido sucinto. Dice lo que hay que decir, con claridad, con palabras muy ajustadas, pero sin saltarse nada. No omite nada, es detallado; si lo que dice no fuera tan fascinante, se podría afirmar que el Dr. Olvera emite un dictamen sobre todo. Pero es mucho más que un dictamen pues contiene las semillas de todo mejoramiento posible.

Podrá sonar paradójico, pero el Dr. Olvera no es muy versado en materia alguna; es decir, no es un especialista

* Seminario-Homenaje. XXXVIII Congreso Anual AMP, Puerto Vallarta, 2005

en un campo determinado, sino un especialista en todas las cosas de lo que le he oído hablar. Él me hizo darme cuenta de que es posible ocuparse con las materias más diversas sin convertirse en un inepto o en un charlatán. Esto que aquí digo parecería muy exagerado y de hecho, soy incapaz de reproducir alguna de sus conversaciones, ya que todas para mí han sido como un tratado serio, vivaz y completo. Lo mismo en la patología postmortem que en la neuropatología o la música o el alemán o la lingüística o tantos otros temas. Todo, además, lo desarrolla sin el deseo de dejar estupefactos a los demás. Cuando acaba de decir lo que tiene que decir, yo me siento iluminado y saciado. ¿Qué más podría decirse de ese tema?

Ante casi cualquier materia, el Dr. Olvera de golpe, cortante como un cuchillo, la secciona y la desarrolla con una claridad cristalina y con una integridad subyugada, como buen patólogo, ejecuta una autopsia, es decir, ilumina desde adentro. Para realizar esta iluminación, como para realizar una buena autopsia, escoge partes sueltas que separa con todo cuidado y limpieza y con igual cuidado las vuelve a juntar a la totalidad. No conozco mejor modelo de hoja de diagnósticos finales que la que me enseñó a hacer Don Juan: ahí está todo, a la vez simple y complejo, sintetizado y con la explicación de la generalidad y los detalles; esta misma luz en todas las materias que toca.

El maestro Olvera no parece tener apego a creencia alguna, aunque todas se hallan abiertas ante él. No abriga

propósitos personales, no le hace la competencia a nadie. Pero sí participa en los propósitos de los demás, medita sobre ellos y los critica. Y si bien es cierto que el metro utilizado por él para medir las cosas es un metro de máximas dimensiones, y que no puede dar por buenas muchas cosas, y que acaso no apruebe casi ninguna, los juicios que pronuncia habitualmente no se refieren a las personas sino a los resultados.

Gracias a Juan Olvera llegué a saber –de modo consciente– en qué consiste la integridad de una persona: consiste en permanecer uno mismo intocado, consiste en decidir sobre sí mismo sin dar al viento los motivos ni la historia propios.

El Dr. Olvera es en muchos aspectos un modelo; desde que lo conocí, pocos han podido ser para mí un modelo. Entonces, hace 26 años, me parecía inalcanzable, e inalcanzable ha seguido siendo para mí.

Así he visto a Juan Olvera y así he aprendido la esencia de lo que debe ser un maestro.

Para terminar, he de decir que esta tarde de homenaje a Don Juan no obedece al cumplimiento de algún año fasto (por lo menos hasta donde yo sé); no son 25 o 50 años de algo o la conmemoración de no sé qué; ni siquiera aparece en el programa oficial de este congreso. Obedece a la mejor de las razones: lo hemos hecho, inspirados por su espíritu, de manera suave y silenciosa, casi sin organización, por el gusto de hacerlo, es decir, lo hemos hecho porque sí y para decirle: Muchas gracias, Maestro.